

Domingo XIV del Tiempo Ordinario (03-07-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

El domingo pasado, hermanos y hermanas, recordábamos cómo Jesús tomó, resueltamente, el camino de Jerusalén; ese camino largo, que nos presenta el Evangelio de Lucas, es un camino bien puesto en esta perspectiva: va a pasar algo en Jerusalén. Y, ciertamente, como dijimos la semana pasada, Jerusalén es amada por el Señor, va no para destruirla, sino para convertirla; pero algunos discípulos pensarían, probablemente, que se iban a Jerusalén a hacer una revuelta, a vengarse de todo lo que, a estos “galileos”, Jerusalén les había hecho.

Ciertamente, Jerusalén es una ciudad de muchas contradicciones porque, primero, fue una ciudad marginal, y después fue una ciudad hegemónica, una ciudad fuerte en donde, además, los sacerdotes de Israel tenían el templo e impusieron cosas tremendas (también había pasado con los reyes, un poco así, pero con los sacerdotes fue peor).

Por eso es que el profeta Isaías habla de la *alegría de Jerusalén*, porque van a haber cosas nuevas, y ya se describen allí (tal como Jesús luego lo hará): “Se alimentarán ustedes de sus pechos y se saciarán de sus consuelos; y saborearán el deleite de sus senos generosos. Yo haré correr sobre ella, sobre Jerusalén, un río de paz, como un torrente en crecida, la riqueza de las naciones. Llevarán en brazos a sus criaturas, y sobre sus rodillas, las acariciarán”. Este bellísimo texto de Isaías (66,10-14c) muestra que, entonces, el Señor, ya desde antiguo, tenía cariño por Jerusalén, pero veía que Jerusalén tenía que resolver sus contradicciones.

Hoy, en todas las ciudades del mundo, incluso, en nuestra ciudad de Lima y en nuestros países, el Señor sigue teniendo amor y compasión por ellos, pero, sabemos muy bien, que en esta situación existen muchas contradicciones, odios, celos, ambiciones, mafias, pandillas, grupos de poder que, en vez de tener compasión y cariño por la gente, tienen indiferencia y están en una situación - sobre todo, en el sector de los líderes - en una situación muy grave; y nosotros estamos llamados a reparar ese daño y hacerlo, en el caso de la Iglesia, **con la misión que el Señor nos ha encargado: la evangelización**; no salimos de nuestro lugar, porque nosotros no estamos para hacer política o formar un partido católico de ninguna clase, estamos para inspirar, con la Palabra de Dios, las situaciones para que todo el mundo se convierta. Y todos, cada uno en su lugar, en su grupo, en su interés, desistan una buena parte de su interés para el bien común de todos.

La Iglesia, entonces, anuncia que nuestra humanidad, en las situaciones de conflicto y dificultad en el mundo, está llamada, desde la fe, a transformar su humanidad en una humanidad sensible, generosa, que dé de *mamar a los niños*, que cuide a la población pobre; y para eso, necesitamos que la Iglesia sea evangelizadora, anuncie el Evangelio, sea testimonio vivo de Cristo.

Es por eso que, cuando Jesús va a Jerusalén, manda también a sus discípulos a todos los pueblos. En este caso a 72, el múltiplo de 12. La vez pasada le comentaba a Fernando Carvallo que el camino es llegar a los 144 mil, que son todos los pueblos de la tierra que se salvan; es la totalidad de los pueblos, porque Dios quiere que todos los pueblos se salven, por eso es múltiplo de 12 también ($12 \times 12 = 144$); y 144 mil es una idea de totalidad, totalidad como la de los meses del año, totalidad por totalidad: totalísimo. Dios quiere que todos nos salvemos porque nos ama,

porque ama a la humanidad, pero para eso, le recuerda su humanidad, le recuerda que tiene sentimientos de amor, que todos somos hechos para amar; y por eso, sus discípulos, a pesar de ser pocos, y a pesar de que hay que rezar para que sean muchos más (y nosotros somos mucho más que esos 12 o esos 72), además de eso, les dice: “Pónganse en camino”. Así sean pocos, hay que rezar para que el Señor mande más, pero, así seamos pocos, ¡**tenemos que salir en camino!**

Este es el modelo, es la idea, la inspiración que el Papa Francisco tuvo cuando nos dijo que sueña con una Iglesia en que todo sea siempre misionera, en salida, en servicio a las periferias, una Iglesia que evangelice, que sea misionera; y todos, en este momento, estamos llamados a cambiar.

Nos hemos habituado a una Iglesia estancada, callada, que está siempre -podríamos decir- encerrada en el templo. Y como dice uno de los cardenales que inspiró el Papa Francisco - acaba de dar una linda entrevista que podemos enviarles por medio de la página web, - uno de los obispos de la comisión de reforma de la curia le dijo: “Hemos encerrado al Señor en los templos y no lo dejamos salir”. Y, ¿cuándo no lo dejamos salir? Cuando salimos del templo y no somos testigos, no anunciamos, lo reducimos a nuestro pequeño grupo, a nuestra familia, pero no organizamos a los vecinos, salimos, no anunciamos juntos. De dos en dos, cómo vivir el amor de Dios que hemos recibido gratuitamente.

Por eso, el texto de hoy día nos dice: “Pónganse en camino”, y el Señor reconoce que en Jerusalén y también en el camino, existen lobos, existen contradicciones, pero para eso estamos nosotros, para actuar como **corderos en medio de los lobos**, para convertir a los lobos, no para condenar a nadie, sino para ayudar a comprender las cosas. Y, a pesar de que tengamos, justamente, una pequeña

minoría de creyentes, esos creyentes han de ser fermento en la masa, han de ser la semilla de una vida nueva, de eso que llama hoy día San Pablo: ser creatura nueva.

No se trata de hacer tales ritos o tales otros, circuncisión o incircuncisión, lo que importa es **ser creatura nueva**, renovada en el amor de Dios. Y para eso, tenemos que ayudarnos a aprender a amar juntos y a reconocer que somos receptores del que Dios nos ama sin medida, gratuitamente, sin condiciones, y nos perdona sin condiciones. A veces, en la Iglesia, hemos puesto demasiadas condiciones para el perdón, pero el perdón, si no es gratuito, no es perdón; no es un perdón interesado, es un perdón que suscita en nosotros un amor en demasía.

Y, por esa razón, hermanos y hermanas, el tema fundamental del anuncio está acompañado, *en medio de lobos*, por una sencillez. Están aquí las hermanas de María Auxiliadora, y ellas son muy sencillas para auxiliar como la Virgen de María Auxiliadora. No necesitan mucha plata, muchas organizaciones, mucho dinero, muchos esfuerzos, ellas van auxiliando con sencillez en diversas situaciones difíciles. Y por eso, nosotros también necesitamos no llevar bolsas, ni alforjas, ni sandalias, ni mucha plata; necesitamos concentrarnos, porque el Señor, dice aquí: “Ni se detengan a saludar a nadie por el camino”, esto es una manera de decir, no tanto que sean irrespetuosos, sino que estén concentrados en su tarea, que no se distraigan.

Y el Señor también dice que visitemos las casas: “Cuando nos alojan, quedémonos en una sola casa”. Hay quien, a veces, es alojado y es misionero, y busca la mejor casa. Como se suele decir y creer que para Dios es lo mejor, entonces, también para el misionero, para el cura, lo mejor; y así, entonces, estamos endiosándonos todos. La sencillez de vida, la pretensión sencilla, no la pretensión de lo impretensible.

Y el Señor también dice: “coman lo que les pongan”, pero hay otra cosa importante aquí que les dice: “hay que anunciar que el reino de Dios **está cerca**”, sobre todo, cuando hay enfermos, cuando hay que auxiliar a las personas. Esto es muy importante porque Jesús, lo que hace, es **enseñar a sus discípulos a acercarse al Reino**, porque a veces pensamos que Dios está muy lejos. Y, sobre todo, en la época de Jesús, los sacerdotes habían dicho eso, que Dios está tan lejos que es imposible llegar a Él, y hay que tener una serie de escaleras que subir. Se acuerdan de esas legiones de ángeles, arcángeles, querubines y serafines,... ¡Hay una escalera enorme! Y nunca se llega a Dios.

Jesús ha mostrado que todo eso es, más bien, una devoción del ser humano que, ante el temor que le tiene a Dios, piensa que es imposible llegar a Él, pero esto no es lo que nos enseña Jesús. Jesús nos enseña a un Dios familiar, como ese Dios que se sentó a comer con Abraham, y después de eso le prometió que dentro de 9 meses tendrá un hijo... ¡a los 90 años!

Y, entonces, hermanos y hermanas, Dios come y bebe con nosotros, nuestro Dios se ha acercado con Jesucristo; y nosotros no podemos, por nuestra devoción, imponer nuestra devoción, que es una costumbre, que está muy bien, es normal, que surja y es deseable también; pero a veces, a las devociones le agregamos cosas y ponemos jerarquías (el primero, el segundo, el tercero...), de manera tal que solamente el primero es el que llega a Dios. Lo mismo pasa en la Iglesia. Todos tenemos cercanía con Dios porque Él se ha metido con Jesús, muerto y resucitado, en cada ser humano. ¡Y vive allí! Y nosotros, como evangelizadores, lo único que hacemos es despertar al Cristo que está en cada uno. Ya todos están irradiados por la gracia de Dios, y el anuncio del Evangelio es despertar la gracia presente,

porque, de lo contrario, tendríamos nosotros la exclusiva para decir: “Nosotros somos los buenos, esos son los malos, y si no se convierten... ¡espada, metralla, bala! Y creamos una cruzada”. ¿Se acuerdan de las cruzadas? ¿Han escuchado hablar en la historia de las cruzadas? Donde, para tener la fe, había que meter la espada; y ahora tenemos a muchos católicos que piensan así porque creen que el mundo se está perdiendo. Es cierto que hay signos de perdición, sí, pero lo que hay que hacer es “sacarle el demonio”, y para eso hay que, cariñosamente, anunciarle el Evangelio, sutilmente. Y necesitamos que todos nos pongamos a la obra como cristianos, como católicos, para llenar de amor e irradiar de amor a la sociedad y hacer que flote en amor, para que todo el mundo se sienta que es posible cambiar y mejorar.

Por eso, el Papa Francisco lo ha puesto como una meta fundamental de la Iglesia, el que estemos anunciando el Evangelio siempre con el mismo cariño de Jesús. Es tan fuerte este cariño que el Señor dice: “Cuando entren a un pueblo y no los reciban, váyanse a la plaza, sáquense los zapatos, sacúdanlos, les devolvemos, inclusive, el polvo de su pueblo porque no nos han querido escuchar”. En otras palabras... ¡déjenlos en libertad! No les impongan el Evangelio, que ellos mismos lo descubran, ya el Señor se encargará. Y, luego, para alentarlos - porque los discípulos eran un poco rabiosos, porque no los escuchaban algunas veces - les dice: “Les digo que aquel día será más llevadero para Sodoma que para esa ciudad”; es una manera de consolarlos, de consolar su deseo de venganza.

En ese sentido, hermanos y hermanas, a veces, cuando evangelizamos, vemos realmente cómo caen los demonios, porque cuando uno se acerca de verdad, con ternura, con amistad, con cariño, la persona se siente amada y cede, como en el caso de Zaqueo, ese ricachón que, más bien,

está medio curioso de Jesús, y Jesús le dice: Voy a ir esta tarde a tu casa. Zaqueo, entonces, baja corriendo, lo recibe con alegría, e inmediatamente comienza a compartir lo que tiene, unas riquezas que se había robado porque era un mafioso. ¡Y se convierte! Pero ¿por qué? Por la sola visita de Jesús.

Nosotros hemos visto caer esos demonios muchas veces en nuestras comunidades, en nuestras parroquias. Vengo ahora de Santa Magdalena Sofía Barat, donde la gente tan linda, con toda sencillez, anuncia el Evangelio. Y todo El Agustino está siendo evangelizado preciosamente, en medio de todo el drama de lo que significa un barrio sumamente tugurizado... ¡Pero allí tenemos que estar! Tenemos que estar en todos los barrios, en los barrios pobres y en los barrios ricos, para anunciar ese Evangelio que convierte.

A veces, cuando alguien cambia, decimos: ¡Ah! Se ha debido a mí. Miren el poder que tengo para que los demonios se vengán abajo. El Señor les dice: Sí, yo les he dado ese poder, de pisotear serpientes, inclusive, y de espantar el demonio. Pero ¿cuál es el motivo fundamental de nuestra alegría? No que se sometán los espíritus, sino que *sus nombres estén escritos en el cielo*. ¿Qué significa esto? Que sus nombres, que sus personas, sus vidas, *alégrense* de que estén en el amor que hay en el cielo, el amor del Reino de Dios; es decir, que ustedes actúan, no porque ustedes son poderosos, sino porque el amor de Dios es el que conduce todo, y el amor de Dios es el amor al cual vamos, cuando vamos a Jerusalén.

Jerusalén fue el lugar en donde, finalmente, Jesús entregó su vida por Jerusalén. Como dijimos la semana pasada: por una Jerusalén que Él amaba porque quería reunir *como gallina a los pollitos*. Él tiene esa compasión también, hasta ahora, permanentemente, y lo tendrá con toda la humanidad, porque quiere que la humanidad se convierta. Estemos

dispuestos a ser la Iglesia en salida hacia esas periferias, hacia esos lugares, para que Él nos mueva y podamos alegrarnos de que nuestros nombres también estén en el corazón del Señor.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas; y que en el próximo camino, junto con la Iglesia de Lima que está haciendo la reforma que el Papa Francisco nos ha invitado a hacer, en este camino sinodal, esta reforma de nuestra Iglesia participativa, en comunión, esta Iglesia que quiere ser el corazón de la vida de nuestro país; que todos colaboremos juntos y nos dejemos llevar por su Espíritu para hacer lo que el Señor vino a hacer: el signo del amor en medio de nuestro país conflictivo y difícil.

Que así, también, podamos encontrar los mejores caminos de solución a los problemas que diariamente sufrimos y que vendrán, porque las cosas no están tan bien. Dios los bendiga y los acompañe como misioneros; y a ustedes, hermanas de María Auxiliadora; y a ustedes, hermanos del Santísimo Sacramento, que han siempre colaborado con la Iglesia y con la Catedral; que el Señor los haga testigos de Cristo y siempre anunciemos su Evangelio de corazón, para suscitar alegría y esperanza en todos.